

# Chocaban con las macetas

Selma Jaber

Diseño de la Comunicación Gráfica

Estudio Diseño de la Comunicación Gráfica y me faltan un par de meses para egresar, a lo largo de la carrera he hecho los más diversos ejercicios tomando en cuenta distintos públicos, pero nunca, en cuatro años, hice algo tomando en cuenta la discapacidad de las personas, ningún profesor, ningún compañero ni siquiera yo misma pensé en ese público.

El 11 de febrero fui a cubrir para este boletín una actividad organizada por las profesoras del Tronco Divisional Dulce María García y María de Jesús Gómez, lla-

mada *Jornadas de Discapacidad*, que consistía en un taller de sensibilización hacia la discapacidad, una mesa redonda con Irma Plaza y Octavio Manzano, profesores de la Unidad, quienes nos contaron sus experiencias por tener ellos mismos una discapacidad; un taller que dio el grupo *Seña y Verbo* con una obra de teatro en lenguaje manual y la película *Mi pie izquierdo* del ciclo de cine del Tronco Divisional, con comentarios de David Nadal y de Alejandro Tapia.

Pues bien, la primera parte era vivencial y consistía en hacer un recorrido por los edificios usando implementos que nos "discapacitaran" (aditamentos que por cierto ayudó a diseñar el finado profesor y diseñador industrial Gabriel Domínguez) decidí, para poder escribir una nota algo más profunda, inscribirme y hacer todo el recorrido como ciega.

Por fortuna no había ido sola, Amada, una compañera del boletín, me acompañó y me sirvió de lazarillo. Mi primera reacción, ya que estaba vendada y con sólo un bastón para sentir el suelo, fue decirle que no se alejara de mí, que no se le ocurriera dejarme sola, un poco después me descubrí aferrada a su brazo, entonces pensé que ese miedo no era racional, que no iba a pasarme nada, que tenía la suerte de conocer los edificios y sólo bastaba con recordar la forma de las escaleras, de los pasillos y que, después de todo, Amada tenía que tomar las fotos y reportear todo lo que yo no podía.

Así empezó el recorrido, un tanto desorganizado porque los chavos gritaban, se empujaban y bromeaban con sus discapacidades, que podían variar de ciegos,

Selma Jaber



débiles visuales, con discapacidades en sus extremidades inferiores, superiores o casi todo el cuerpo, en silla de ruedas o con muletas.

Atravesamos la plaza central del claustro y subimos por las escaleras hasta el tercer piso del edificio 24, caminamos el pasillo, algunos intentaron entrar al baño o en alguna oficina; nos pasamos al edificio 27, bajamos dos pisos y regresamos a las escaleras que unen ambos edificios para bajar hasta el auditorio del edificio 27. ¿Suena fácil, no? Pues no, nada de eso, las escaleras de forma triangular me desorientaban, los barandales no estaban a la misma altura y no podía guiarme por ellos, los filtros de agua están a la altura de mi hombro y me pegaban, pues el bastón sólo toca el piso y no a mitad de la pared, las macetas me estorbaban y chocaba, las personas no me cedían el paso, el mobiliario no era el adecuado y lo peor para mí como comunicadora: no había ninguna señal que me indicara por dónde, o cómo, o qué.

¿Acaso mi carrera no se llama Diseño de la Comunicación Gráfica? ¿No se supondría que hay que comunicar? Toda la señalética discrimina a los discapacitados visuales, no hay nada, ni un solo mensaje que los integre.

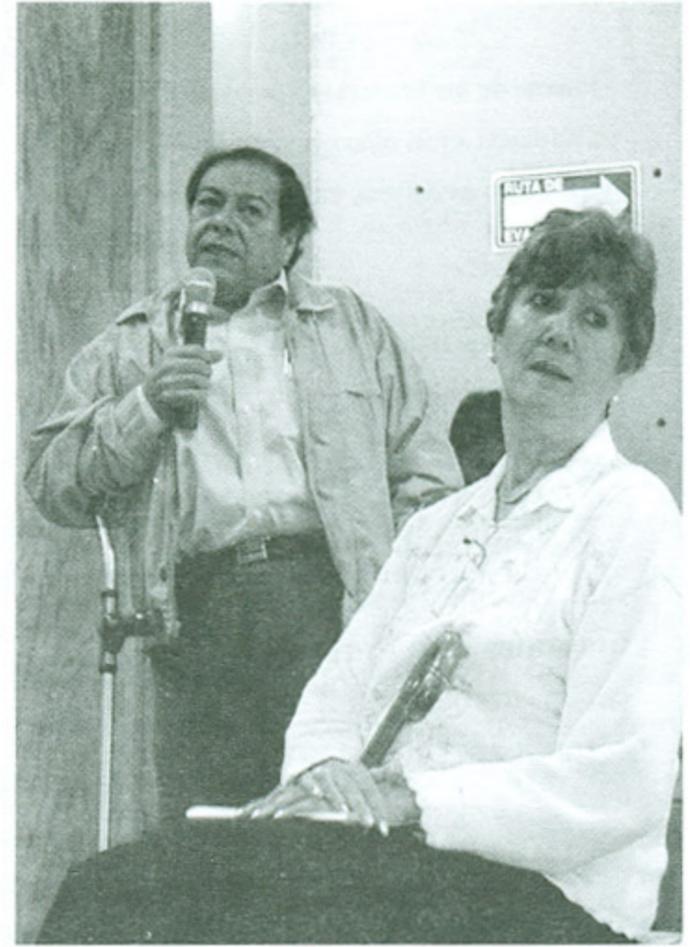


Es fácil pensar que la arquitectura, el diseño industrial y la planeación territorial deben ocuparse de esos problemas, que los arquitectos deben pensar que sus edificios serán ocupados por personas no siempre con todas sus capacidades, que los muebles deben adecuarse a todos, que la ciudad debe tener espacios para todos, pero la comunicación gráfica ¿cómo hacer para que les lleguen los mensajes a todos?, hay que cambiar la forma de ver el diseño y hacerlo más integral, pero también hay que ver la parte humana, de aceptación y respeto hacia las personas discapacitadas.

Después, en la mesa redonda oímos las experiencias de los profesores y les contamos las nuestras, la impotencia hacia quienes nos empujaron por su prisa para pasar, el ancho de los escalones en los que no cabe la muleta, que el cajón del estacionamiento reservado para ellos esté ocupado por personas que no lo necesitan.

Así transcurrió la jornada, después la obra y la película, todo buscando sensibilizar a la comunidad.

Es la segunda ocasión que se realiza esta actividad, ojalá que se repita en años posteriores para que, poco a poco, se vaya integrando a nuestra manera de ser y de diseñar, porque a fin de cuentas todos, en algún momento de nuestra vida, quedamos discapacitados, al menos temporalmente, porque nos lastimamos o enfermamos, y porque hay personas que necesitan que los integremos y valoremos. □



Octavio Manzano e Irma Plaza

Fotografías: Amada Pérez